

me sé: ¿Qué será esto que oyo y veo?
 ¿adónde he sido llevado? ¿en qué lu-
 gar me hallo del mundo? ¿Por ventura
 he sido trasladado al Paraíso de delei-
 tes, que llaman nuestros mayores ori-
 gen de nuestra carne, jardín de flores,
 o tierra celestial, oculta à los ojos de
 los hombres? “Estando en esta sus-
 pension y embelesamiento, y habiendo
 cesado el canto, oyó que lo llamaban
 por su nombre *Juan*, con una voz como
 de muger, dulce y delicada, que salia
 de los esplendores de aquella nube, y
 que le decian, que se acercase: subió à
 toda priesa la cuestecilla del collado, ha-
 biendose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad
 una hermosísima Señora, muy se-
 mejante à la que hoy se vé en su bendita
 Imagen, conforme à las señas que dió el

Indio de palabra, antes que se hubiera
 copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo
 ropaje dixo, que brillaba tanto, que hi-
 riendo sus esplendores en los peñascos
 brutos, que se levantan sobre la cum-
 bre del cerrillo, le parecieron piedras
 preciosas labradas y transparentes, y
 las hojas de los espinos y nopales que
 allí nacen, pequeños y desmedrados
 por la sequedad del sitio, le parecie-
 ron manojos de finas esmeraldas; y
 sus brazos, troncos y espinas de oro
 bruñido y reluciente; y hasta el sue-
 lo de un cortollano, que hay en aque-
 lla cumbre, le pareció de jaspe matiza-
 do de colores diferentes. “Y hablan-
 dole aquella Señora con semblante apa-
 cible y halagueño en idioma Mexicano,
 le dixo: *Hijo mio, Juan Diego, à quien
 amo tiernamente como à pequeñito y deli-
 cado* (que todo esto suena la locucion
 del language Mexicano); *¿adónde vas?*
 Respondió el Indio: *Voy, noble dueño, y*

Señora mia, à Mexico, y al barrio de Tlatelolco, à oír la Misa, que nos muestran los Ministros de Dios y Substitutos suyos. Habiendole oído Maria Santisima, le dixo asi : „ Sabete, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre Virgen Maria, Madre del verdadero Dios, „ Autor de la vida, Criador de todo, y „ Señor del Cielo y de la Tierra, que „ está en todas partes; y es mi deseo, „ que se me labre un Templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya „ y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que „ tengo de los Naturales, y de aquellos „ que me aman y buscan, y de todos „ los que solicitaren mi amparo, y me „ llamaren en sus trabajos y aficciones, „ y donde oiré sus lagrimas y ruegos, „ para darles consuelo y alivio: y para „ que tenga efecto mi voluntad, has de „ ir à la Ciudad de Mexico, y al Palacio „ del Obispo, que allí reside, à quien di-

„ dirás, que yo te embio, y como es „ gusto mio, que me edifique un Templo en este lugar; y le referirás quanto „ has visto y oído: y ten por cierto tú „ que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has „ oído, hijo mio, mi deseo; vete en paz, „ y advierte que te pagaré el trabajo y „ diligencia que pusieres: y así harás en „ esto todo el esfuerzo que pudieres.“ Postrandose el Indio en tierra, la respondió: „ Ya voy, nobilissima Señora y dueño mio, à poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quedate en buen hora.“ Habiendose despedido el Indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina à la Ciudad, bajada la cuesta del cerro, que mira al Occidente. En execucion de lo prometido fue via recta Juan Diego à la Ciudad de Mexico, que dista una legua de este parage, y montecillo, y entró

Ttt 2 en

en el Palacio del Señor Obispo : era éste el Ilustrísimo señor *Don Fray Juan de Zumárraga*, primero Obispo de Mexico. Habiendo entrado el Indio en el Palacio del Señor Obispo, comenzó à rogar à sus sirvientes, que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ò porque le vieron pobre y humilde : obligaronle à esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando à la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciendole : *Que le embiaba la Madre de Dios, à quien habia visto y hablado aquella madrugada*; y refirió todo quanto habia visto y oído, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el Indio, estrañando un caso tan prodigioso : no hizo mucho aprecio del mensage que llevó ni le dió entera fé y credito, juzgando que fuese imaginacion del Indio, ó sueño, ó temiendo que fue-

fuése ilusion del Demonio, por ser los naturales recién convertidos à nuestra Sagrada Religion : y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo, que volviese de allí à algunos dias, porque queria inquirir el negocio à que habia ido muy de raiz, y le oiria mas despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensagero, y dar tiempo à la deliberacion. Salió el Indio del Palacio del Señor Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber enténdido, que no se le habia dado entera fé y credito, quanto por no haber surtido efecto la voluntad de Maria Santísima, de quien era mensagero.

SEGUNDA APARICION.

Volvió Juan Diego este propio día sobre tarde, puesto el Sol, al Pueblo en que vivia, y à lo que se presume por